

## DISCURSO DE GRADUACIÓN EN LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

**J. K. Rowling, junio 2008.**

“Presidenta Faust, miembros de la corporación Harvard y del consejo de supervisores, miembros de la facultad, orgullosos padres y, sobre todo, graduados.

Lo primero que quisiera hacer es dar las gracias. No solo Harvard me ha brindado un honor extraordinario, sino que las semanas de miedo y náuseas que he experimentado ante el compromiso de dar este discurso me han hecho perder peso. ¡Todos salimos ganados! Ahora solamente debo tomar aire, mirar los banderines rojos e imaginarme que me encuentro ante la reunión de Gryffindor más numerosa del mundo.

Ofrecer un discurso de graduación es una enorme responsabilidad. O eso pensé hasta que recordé mi propia graduación. La oradora de ese día era la distinguida baronesa y filósofa británica Mary Warnock. Rememorar su discurso me ha ayudado enormemente a escribir el mío, porque resulta que no recuerdo ni una sola palabra de lo que dijo. Este liberador descubrimiento me permite proceder sin el miedo de que inadvertidamente podría influenciarles a abandonar sus prometedoras carreras en los negocios, las leyes o la política, por el simple placer de convertirse en un mago gay.

¿Lo ven? Si el día de mañana al menos recuerdan el chiste del “mago gay”, entonces habré salido mejor parada que la mismísima baronesa Mary Warnock. Metas alcanzables: el primer paso hacia el desarrollo personal.

En realidad, me he devanado la cabeza y el corazón pensando en qué debería decirles hoy. Me he preguntado lo que me hubiese gustado saber en mi propia graduación, y qué lecciones importantes he aprendido en los 21 años que han transcurrido entre esa fecha y el día de hoy.

Y he hilvanado dos respuestas. En este maravilloso día en el cual nos reunimos para celebrar su éxito académico, he decidido hablar de los beneficios de fallar. Y mientras ustedes están a punto de adentrarse en la llamada “vida real”, quiero también recalcar la crucial importancia de la imaginación.

Estas pueden parecer unas opciones muy quijotescas o paradójicas, pero tengan paciencia para lo que quiero compartir con ustedes.

Recordar a la joven de 21 años que era cuando me gradué es una experiencia algo incómoda para la mujer de 42 años en la que esa chica se ha convertido. En ese momento me encontraba buscando el equilibrio entre la ambición que tenía para mí misma y lo que esperaban de mí las personas cercanas.

Estaba convencida de que lo único que quería hacer para toda la vida era escribir novelas. Sin embargo, mis padres, que provienen de entornos desfavorecidos y no pudieron ir a la universidad, tomaron mi hiperactiva imaginación como un capricho personal que jamás podría pagar una hipoteca o garantizarme una pensión.

Deseaban que eligiese unos estudios universitarios vocacionales, pero quería estudiar Literatura Inglesa. Llegamos a un acuerdo, que visto en retrospectiva no satisfizo a nadie, por el que yo acabé estudiando

Lenguas Modernas. Apenas el coche se desvaneció en la primera curva, dejé de estudiar alemán y me adentré en el pasillo de los clásicos.

No recuerdo haberles dicho a mis padres que estaba estudiando a los clásicos. Es muy posible que se enteraran el mismo día de mi graduación. De todas las asignaturas de este planeta creo que no podrían encontrar una más inútil que Mitología Griega de cara a asegurarme las llaves a una vivienda de lujo.

Quiero aclarar, entre paréntesis, que no culpo a mis padres por su punto de vista. Culpar a tus padres por guiarte en la dirección equivocada tiene una evidente fecha de caducidad. Cuando eres lo suficientemente mayor para tomar las riendas, eres mayor para asumir plena responsabilidad. Y aún más, no puedo criticar a mis padres por desear que yo nunca experimentara la pobreza. Ellos ya habían sido pobres, y yo desde entonces he sido pobre y les doy la razón al afirmar que no es una experiencia ennoblecedora. La pobreza supone miedo, estrés y en ocasiones depresión. Supone un millar de humillaciones y dificultades. Salir de la pobreza por tus propios medios es algo de lo que uno se debe sentir orgulloso, pero solo los tontos consideran la pobreza como algo romántico.

Lo que yo más temía a la edad que ustedes tienen ahora no era la pobreza, sino el fracaso.

A su edad, a pesar de una evidente carencia de motivación en la universidad, donde pasé demasiado tiempo en las cafeterías escribiendo historias, y muy poco tiempo en las clases, tenía habilidad para pasar los exámenes, y eso, durante años, ha sido la medida del éxito en mi vida y en la de mis semejantes.

No soy lo suficientemente ilusa como para pensar que por el hecho de ser jóvenes, capaces y educados nunca hayan tenido desencantos. El talento y la inteligencia nunca han inmunizado a nadie contra los caprichos del destino, y en ningún momento asumo que todos los aquí presentes hayan disfrutado una existencia llena de privilegios y consentimientos.

Sin embargo, el hecho de que ustedes se están graduando de Harvard sugiere que posiblemente no estén demasiado acostumbrados al fracaso. Tal vez hayan tenido miedo a fallar tanto como han deseado tener éxito. De hecho, su concepto de fracaso puede no estar muy lejos de la idea de éxito de una persona normal. Esa es la altura de sus logros académicos.

Llegado el momento, todos tenemos que decidir lo que para cada uno supone el fracaso, pero el mundo está ávido de ofrecerles una serie de criterios si ustedes se dejan. Así que es justo decir que, solo siete años después del día de mi graduación yo había fracasado de una manera monumental. Un matrimonio excepcionalmente corto implosionó, y yo estaba desempleada, madre soltera y tan pobre como se puede ser en la moderna Gran Bretaña, sin ser un “sin techo”. Los temores que mis padres habían sentido por mí, y que yo misma había sentido, se convirtieron en realidad y me posicionaban como el mayor fracaso que conocía.

No seré yo quien les diga que el fracaso es divertido. Esa época de mi vida fue muy oscura, y no tenía ni idea de que llegaría a suceder lo que algunos medios recientemente han llamado un “final de cuento de hadas”. No sabía entonces cuál largo iba a ser el túnel, y durante mucho tiempo cualquier luz al final de él era más una esperanza que una realidad.

¿Por qué hablo entonces de los beneficios del fracaso? Simplemente porque el fracaso significó un camino hacia lo no esencial. Dejé de pretender que era algo distinto a lo que era en realidad y dirigí toda mi energía a terminar el trabajo que realmente me importaba. Si hubiese triunfado en alguna otra faceta, posiblemente no habría tenido éxito en la única faceta de la que siempre me he sentido parte. Había sido liberada, pues mis más grandes miedos se habían materializado, pero aún estaba con vida. Aún tenía una hija a la cual adoraba, una máquina de escribir y una gran idea. Y entonces, el suelo contra el que me había estampado se convirtió en el cimiento sobre el que reconstruí mi vida.

Tal vez ustedes nunca fracasen del modo que yo lo hice, pero algunos fracasos en la vida son inevitables. Es imposible vivir sin fracasar en ocasiones, a menos que vivas tan cautelosamente que en realidad no estás viviendo, en cuyo caso fracasas por defecto.

El fracaso me dio una seguridad interior que nunca había experimentado aprobando exámenes. El fracaso me enseñó cosas acerca de mí misma que no hubiese podido aprender de otra manera. Descubrí que tengo una gran fuerza de voluntad y más disciplina de la que esperaba. Y también descubrí que tenía amigos cuyo valor era mucho mayor que el precio de los rubíes.

Ser consciente de que has emergido del fondo con más sabiduría y más fuerza afianza para siempre tu capacidad de supervivencia. Uno nunca se conoce a sí mismo, ni conoce la solidez de sus relaciones hasta que ambas sean puestas a prueba ante la adversidad. Ese conocimiento es un verdadero regalo por haber sido obtenido con esfuerzo, y vale más que cualquier calificación obtenida anteriormente.

Por lo tanto, si pudiera viajar en el tiempo me diría a mí misma, con 21 años, que la felicidad personal reside en saber que la vida no es una lista de adquisiciones o de logros. Las calificaciones académicas o su currículum no son su vida, aunque conocerán a muchas personas de mi edad o más mayores que confunden ambos aspectos. La vida es difícil, complicada e incontrolable, pero la humildad de saber esto les permitirá superar cualquier vicisitud.

Tal vez piensen que escogí mi segundo tema, la importancia de la imaginación, porque parcialmente la usé para reconstruir mi vida. Pero esto no es del todo correcto. Aunque siempre defenderé el valor de los cuentos para dormir, he aprendido a concebir la imaginación en un sentido mucho más amplio. La imaginación no es solo la capacidad única en los seres humanos de visionar lo que no es realidad y, por lo tanto, la fuente de todas las invenciones e innovaciones. Es, sin duda, la capacidad más transformadora y reveladora, es el poder que nos permite empatizar con otros seres humanos cuyas experiencias nunca hemos compartido.

Una de las experiencias formadoras más relevantes de mi vida son anteriores a Harry Potter, aunque está presente en lo que subsecuentemente escribí en los libros. Esta revelación provino en la forma de uno de mis primeros trabajos diurnos. Aunque me dedicaba a escribir historias durante mis horas de almuerzo, a mis 20 años pagaba la renta trabajando en el Departamento de Investigación Africana en las instalaciones de Amnistía Internacional de Londres.

Allí, en mi pequeña oficina, leía asombrada cartas procedentes de hombres y mujeres en regímenes totalitarios que se arriesgaban a ser arrestados con tal de informar al mundo lo que les estaba pasando. Vi fotografías de aquellos que desaparecieron sin rastro, enviadas a Amnistía con desesperación por sus

familiares y amigos. Leí el testimonio de víctimas de tortura y vi imágenes de sus heridas. Abrí resúmenes escritos a mano de juicios por ejecuciones, por secuestros y por violaciones.

Muchos de mis compañeros de trabajo eran ex prisioneros políticos, personas que habían sido desplazadas de sus hogares o enviadas al exilio porque tuvieron la temeridad de hablar en contra de sus Gobiernos. Los visitantes a nuestra oficina incluían a aquellos que acudían para proveer información o que intentaban averiguar qué paso con aquellos a quienes habían tenido que abandonar.

Nunca olvidaré a una víctima africana de tortura, un hombre de mi misma edad en ese momento, que sufría una enfermedad mental después de todo lo que tuvo que soportar en su tierra natal. Temblaba incontrolablemente al hablar ante una cámara de vídeo acerca de las brutalidades que había sufrido. Me sacaba una cabeza, pero parecía más frágil que un niño. Después del encuentro me pidieron que le acompañara a la estación de metro y este hombre, cuya vida había sido sacudida tan cruelmente, me tomó de la mano con una exquisita cortesía y me deseó un futuro feliz.

Y desde entonces recuerdo caminar por un pasillo vacío y de repente escuchar, detrás de una puerta cerrada, un grito desgarrador como nunca antes había escuchado. La puerta se abrió y la investigadora se asomó para pedirme que corriera a preparar una bebida caliente para el hombre que estaba sentado junto a ella. Le acababa de dar la noticia de que en señal de represalia por haber hablado en contra del régimen de su país, su madre había sido secuestrada y ejecutada.

Todos los días laborales en mi época de veinteañera se me recordaba lo afortunada que era de vivir en un país con un Gobierno elegido democráticamente, donde la representación legal y un juicio público eran derechos para todos.

Todos los días veía evidencias de las maldades que el ser humano puede llegar a infligir a sus semejantes para ganar o conservar el poder. Comencé a tener auténticas pesadillas acerca de algunas de las cosas que vi, escuché o leí.

Y, sin embargo, también aprendí más acerca de la bondad humana en Amnistía Internacional de lo que había aprendido antes.

Amnistía moviliza a miles de personas que nunca han sido torturadas o encarceladas por sus creencias para que actúen a favor de quienes sí lo han sido. El poder de la empatía humana, que lleva a la acción colectiva, salva vidas y libera prisioneros. Gente corriente, cuyo bienestar y seguridad están asegurados, se une de forma masiva para salvar a personas que no conocen y que nunca conocerán. Mi pequeña participación en ese proceso fue una de las experiencias más humildes e inspiradoras de mi vida.

A diferencia de cualquier otra criatura de este planeta, los humanos podemos aprender y comprender sin tener experiencia propia. Pueden imaginarse en los zapatos de otros.

Por supuesto, este es un poder, como mi creación de magia ficticia, que es moralmente neutral. Uno puede usar esa habilidad para manipular o controlar del mismo modo que lo puede hacer para comprender o empatizar.

Y muchos prefieren no ejercitar su imaginación en absoluto. Escogen permanecer cómodamente dentro de los límites de su propia experiencia, sin preocuparse en pensar cómo habría sido nacer siendo un ser

diferente. Rehúsan escuchar gritos o mirar dentro de jaulas. Pueden cerrar sus mentes y corazones ante cualquier sufrimiento que no los atañe personalmente. Pueden elegir no saber.

Podría sentirme tentada de envidiar a las personas que pueden vivir de esa manera, aunque dudo que tengan menos pesadillas de las que tengo yo. Escoger vivir en espacios limitados conlleva una suerte de agorafobia mental que arrastra sus propios terrores. Creo que las personas sin imaginación ven más monstruos. Y a menudo sienten más miedo. De hecho, quienes escogen no empatizar activan a los monstruos reales. Aunque no seamos manifiestamente malvados nosotros mismos, somos cómplices a través de nuestra propia apatía.

Una de las muchas cosas que aprendí al final de ese pasillo de los clásicos en el que me aventuré a los 18 años en búsqueda de algo que entonces no podía definir fue esto, escrito por el autor griego Plutarco: “Lo que logramos a nivel interior cambiará la realidad exterior”.

Este es un aserto asombroso que se confirma miles de veces cada día de nuestras vidas. Expresa, en parte, nuestra inescapable conexión con el mundo exterior, el hecho de que alcanzamos las vidas de otras personas simplemente por existir.

Pero ¿cuánto más podrán ustedes, graduandos de Harvard de 2008, tocar las vidas de otras personas? Su inteligencia, su capacidad de esfuerzo, la educación que se han ganado y recibido les han dado un estatus único y unas responsabilidades concretas. Incluso su nacionalidad los posiciona. La gran mayoría de ustedes pertenece a la única superpotencia que queda en el mundo. La forma que tienen de votar, de vivir, de protestar, de ejercer presión contra su Gobierno tiene un impacto allende sus fronteras. Este es su privilegio y a la vez su carga.

Si escogen usar su estatus e influencia para elevar su voz a favor de los que no tienen voz; si escogen identificarse no solo con quienes tienen poder, sino también con quienes carecen de él; si conservan la habilidad de imaginarse a ustedes mismos en las vidas de otras personas que no tienen sus ventajas, entonces no solo celebrarán su existencia sus familias orgullosas, sino que lo harán también miles y millones de personas cuya realidad ustedes habrán ayudado a transformar para bien. No necesitamos magia para cambiar el mundo. Llevamos el poder necesario dentro de nosotros mismos: tenemos el poder de imaginar un mundo mejor.

Voy terminando. Tengo un último deseo para ustedes, que es algo que yo ya tenía a los 21 años. Los amigos con los que me senté el día de la graduación lo han sido durante toda mi vida. Son los padrinos de mis hijos, las personas con quienes he contado en tiempos difíciles, personas que han sido tan amables como para no demandarme por usar sus nombres para los *mortifagos*. En nuestra graduación nos unían un enorme afecto, unas experiencias compartidas en un tiempo ya remoto y, por supuesto, el conocimiento de que existía cierta evidencia fotográfica que sería excepcionalmente valiosa si cualquiera de nosotros se convirtiera en primer ministro.

Así que hoy no les puedo desear nada mejor que amistades similares. Y mañana espero que, aunque no se acuerden de nada de lo que les he dicho, recuerden las palabras de Seneca, otro de aquellos antiguos romanos con los que me encontré en el pasillo de los clásicos en busca de la vieja sabiduría:

*“La vida es como un cuento: no importa que sea larga, sino que esté bien narrada”.*

Les deseo buenas vidas a todos.

Muchas gracias”.

A continuación dejamos un enlace de Youtube con la grabación original del discurso en inglés:

<https://www.youtube.com/watch?v=wHGq8lz36c&t=30s>